4

SERMON

QUE, EN LA
SOLEMNÍSIMA FIESTA DE ACCION DE GRACIAS
POR LA RECUPERACION DE LA IMÁGEN Y RESTAURACION DEL FAMOSO

CUADRO DE S. ANTONIO DE MURILLO,

PRONUNCIÓ
EN LA SANTA, METROPOLITANA Y PATRIARCAL IGLESIA DE SEVILLA,
EL DIA 13 DE OCTUBRE DEL PRESENTE AÑO,

SU DIGNIDAD DE CHANTRE

D. Cayetano Fernández, Pro.,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Y DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.



(CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.)

SEVILLA, 1875.

IMP. Y LIB. DE LOS SRES. A. IZQUIERDO Y SOBRINO;
Calle Francos, números 60 y 62.

ADVERTENCIA.

Los críticos no deben perder de vista que este trabajo ha sido hecho para oyentes, no para lectores. Dase á la estampa á ruego y expensas del EXCMO. AYUNTAMIENTO de esta Capital, sobre quien el autor, no obstante la señalada honra que del mismo recibe, declina toda la responsabilidad literaria por la publicacion de un escrito hilvanado con estrechez de tiempo y en la angustia de otras muy desfavorables circunstancias.

Hæc dies quam fecit Dominus:
Exultemus et lætemur in ea.
Hoy es un día venturoso: alegrémonos y regocijémonos en él.
Ps. CXVII—23.

No ha trascurrido todavía un año entero desde el 5 de Noviembre de 1874. ¡Qué día aquel, Eminentísimo Señor y Señor Excelentísimo, de impresiones tan amargas, de tan funestos recuerdos! Eran las primeras horas de la mañana, y el sol se levantaba con pereza sobre el horizonte, cubierto con velo de nubes, como para no ver lo que pasaba en Sevilla. En efecto la agitacion, el murmullo hierven por do quiera en la inmensidad de las naves de esta gran Basílica. Y vense aquí guardias y agentes del órden y autoridades y jueces y ministros de justicia, que hacen reconocimientos, que reciben declaraciones, que practican arrestos. Los que al Templo se dirigen, en su ansiedad presurosamente, no pueden creer lo que allá léjos se les ha dicho: los que del Templo

salen, con todas las señales del espanto, no se atreven á afirmar lo que han visto por sus mismos ojos. Y es así como, á manera de chispa eléctrica, cruza por todos los ámbitos de la Ciudad este grito, que lleva la contristacion al pecho de todos los sevillanos: «Desgracia incomparable! El San Antonio de Murillo ha sido robado en la Santa Iglesia ! mutilada sacrílegamente la figura del Santo!»—Qué día aquel, lo repito, Emmo. Sor. y Sor. Excmo., de impresiones tan amargas, de tan funestos recuerdos!

Pero ¿será verdad lo que vemos, y apénas si el júbilo nos permite darle crédito ? ¿El año entero no ha trascurrido aún, y ya venimos hoy á celebrar el gran día de la compensacion magnífica y de los venturosos contrastes? Ah! sí, Señores: nuestro *San Antonio* de Murillo ha sido prodigiosamente recuperado! la restauracion, que parecía imposible, no se ha hecho esperar por ningun linaje de sacrificios! el Arte, por medio del genio, puso su mano desde luégo en la destrozada obra ! y, como por encanto... vedla ahí! Despues de la mutilacion horrible, que hacía perder toda esperanza de recuperacion; despues de atravesar mares remotos en un viaje de cerca de cuatro mil leguas en las peores condiciones imaginables, ¡en la ocultacion, en el cautiverio! durante el cual el rostro

del Santo quedó desconchado deplorablemente con no pequeña parte del cuerpo y del pié que allí admiramos; despues, digo, de mucho sufrir por nuestra parte, y de tanto anhelar y de trabajo tanto por parte de las Comisiones y de los Artistas encargados en la restauracion, vedla ahí! la obra más completa de pintor cristiano, el lienzo de San Antonio de Murillo se presenta hoy otra vez á nuestra vista tal y tan bello, tan rico de inspiracion, tan radiante de luz, tan vivo en colores como si en este momento aquel gran Genio cristiano, gloria del Arte, levantara de él su pincel divino.

Y bien, si el dia de la mutilacion y robo sacrílegos tuvo su grito de ira santa, de desolacion verdadera, la ventura de la restauracion magnífica tiene tambien el suyo, tiene su grito glorioso en este día. Sí, yo lo oigo que sale unánime de todos los pechos: una misma es la frase, uno mismo el sentimiento; y yo no hago más que traducirlo en palabras divinas al repetir con entusiasmo lo que el Profeta Rey cantaba en la efusion de sus más grandes regocijos: *Hæc dies quam fecit Dominus: exultemus et lætemur in ea.* Hoy es un día venturoso: alegrémonos y regocijémonos en él!

—«Dia venturoso...! alegrémonos y regocijémonos!» diréis tal vez con extrañeza algunos. «Y es en el

Templo santo, y en la cátedra divina, añadiréis, donde se pronuncia esa frase...! y todos la repiten llenos de fe y amor ante el Altar del Omnipotente...! y muy pronto el Divino Sacrificio va á dar valor inmenso á estas alegrías y á estos regocijos en calidad de sacrificio eucarístico ó de accion de gracias...! Y todo esto por el hallazgo y restauracion de una obra del arte pictórico, que, siendo todo lo grande que se quiera, bastaría celebrar en la academia, en el museo, en la escuela de los artistas; pero ¿en el Templo... delante de Dios, y ofreciendo por ello el Sacrificio...?»—Oh! basta, Señores, basta! Por fortuna esa misma extrañeza ó admiracion que puede ocurrir, y que de hecho habrá ocurrido, á muchos, en un primer momento, á vista de esta grandiosa solemnidad, viene precisamente á abrir horizonte vastísimo y muy agradable á mi palabra en este día. Propóngome disipar tales aprensiones, satisfacer esas dudas, explicar, defender, justificar nuestros sagrados regocijos por el hallazgo y reparacion del *San Antonio* de Murillo; todo lo cual obtendré satisfactoriamente sólo con haceros entender y sentir algo siquiera de la importancia, de la necesidad, de la gloria del Arte cristiano; del Arte en la Iglesia, cuyo es en definitiva el triunfo que venimos á celebrar.—Es todo mi asunto.

Ya véis que es santa en extremo y fecunda por demas la idea ó materia de mi eleccion. Parece, cierto, á primera vista que no toca sino en la tierra; pero es en el Cielo donde tiene toda su significacion: ella entra en el dogma, porque gloria grande es del Arte mostrarnos el Cielo, la verdad divina, con su idealismo inefable: ella penetra en la moral, porque gloria es tambien del Arte mostrarnos la santidad, las virtudes cristianas, con sus ejemplares creaciones.—Es el método ó division que me he trazado.

Tendréis, Señores, únicamente lo que es propio de este sagrado lugar: enseñanza para el espíritu y edificacion para la vida.

A fin de que logre desempeñar ambas cosas á la altura de mi ministerio y de vuestra utilidad, voy á pedir el auxilio al Omnipotente por la intercesion del milagroso Santo, cuya reaparicion feliz hoy nos congrega, y particularmente por los ruegos de la Reina de los Santos, á quien, como de costumbre, enviarémos con devocion el saludo de Nazaret: Ave María.

Los antiguos hebreos, á quienes por cierta contumacia diabólica que los llevaba á menudo á recaer en la idolatría, Dios prohibió en el Deuteronomio erigir toda especie de imágenes, y que se les diese todo linaje de culto; los paganos, que adoraban y servían á los ídolos en la persuasion de que el dios, que representaban sus estatuas y pinturas, se encerraba en ellas y las animaba, recibiendo desde allí el incienso y las adoraciones; los iconoclastas, que, con un emperador estúpido á la cabeza, Leon Isáurico, tiñeron la tierra de sangre por exterminar el culto de las santas imágenes; los protestantes, á quienes no sólo la fé sino el instinto mismo de lo bello condenan, reclamándoles el sentimiento y la poesía que han robado al corazon humano; estos y, en fin, cuantos, alardeando de filosofía y libre creencia, se burlan de los católicos porque nos prosternamos ante las imágenes de Dios para adorarlo, y ante las de la Vírgen y los Santos para venerarlos; todos estos, ademas de ignorantes y ademas de impíos, son.... unos desdichados! ¿Sabéis por qué? porque no conocieron, porque no conocen el Arte! es decir, el arte purificado, engrandecido, trans-

figurado por la Religion; el arte cristiano! esto es, segun unos, esa habilidad ó talento de lo bello, flor de los cielos ingertada en un tallo de la tierra; el arte en la Iglesia! es decir, segun otros, una imágen de la belleza de Dios, trazada por el amor del hombre; el Arte, en fin, como definirlo debe la ciencia, esto es, el privilegio ó facultad de algunas almas para descubrir, contemplar y poner al alcance de todos, bajo una forma visible, el archetipo de toda belleza, el ideal infinito de verdad y bondad, iluminando, trasportando, moralizando, santificando así la mente y el corazon del hombre en esta vida. Y vosotros conocéis todas estas cosas, conocéis el Arte, y sin embargo, héme aquí en la honrosa necesidad de recordaros sus glorias en este día de triunfo para el Arte y para la Religion..! No es el momento de excusarlo; pero ¿cómo, en qué manera desenvolveré yo asunto que es inmenso, y en tiempo que es muy limitado y con fuerzas que son muy débiles? Lo entiendo, Señores: no de otra suerte que como procedía cierto astrónomo que, estrechado á dar una definicion científica, completa de lo que es el sol, abrió inspiradamente las ventanas de su aposento para contestar así al interlocutor, señalando al astro del día: «Allí lo tenéis! miradlo! es todo lo que puedo deciros.» Y eso intento yo hacer en este día de pláce-

mes y de vítores, señalándoos á ese sol del arte pictórico, en representacion de todas las demas artes; señalándoos al lienzo de San Antonio de Murillo, que, rescatado, bellísimo y flamante, se presenta hoy de nuevo al culto de vuestra piedad. Él solo, en mucha parte, ó mi palabra por medio de él, os va á decir todo lo que, en tan corto tiempo, sea posible recordar del Arte para los indicados fines de nuestra solemnidad; sin salir, por supuesto, de los dos conceptos indicados desde el principio.

I.

No os asombréis ahora, viniendo al primero, si os coloco alto, muy alto la alcurnia de los pintores. Dios es el primer artista! Dios es el pintor supremo! el Verbo es su ideal y el universo su cuadro; su cuadro! esto es, la forma visible que ha dado á la belleza que contemplaba en Sí propio, en su modelo infinito. ¿Qué nos dice la experiencia? Ah! ¡cuántas pinturas arrebatadoras ha colocado el Divino Artista ante nuestros ojos en el azul de los mares, en el arrebol

de la aurora, en el paisaje de las montañas, en el matiz de las flores, en el cristal de las fuentes, en la bóveda del firmamento y, sobre todo, en el semblante del hombre, en quien se resumen todas las bellezas visibles, iluminadas en su frente por el reflejo de la Belleza Invisible! Y bien, el hombre, hecho á semejanza de Dios, es tambien artista; y tan semejante en esto como que su tipo único, su ideal altísimo es Dios mismo, es el Verbo de Dios, modelo increado de todas las obras creadas que produce el genio: la gran diferencia está en que Dios para sus creaciones saca de la nada las formas, y el hombre las toma ó elige de la naturaleza. Ved por qué, bien fundado en la fe de estos principios, yo no puedo, yo no debo dejar de repetir en día tan grande, en ocasion tan solemne, en manera que oigan sabios é ignorantes, los fieles y los incrédulos, lo que la sabiduría católica ha demostrado ya victoriosamente en el libro (1), en las aulas (2), y hasta en la conferencia (3): «Que el genio del Arte es el Cristianismo transfigurando al alma humana; el Cristianismo, que, sin desdeñar los tipos de la belleza creada por el genio de Grecia, desde las sombras que

(1) Chateaubriand—Genio del cristiano.
(2) Jungmann, Profesor de la Universidad de Insbruck.
(3) P. Félix, de la Compañía de Jesus.

cubrían su cielo pagano, ha reconocido y desenvuelto y declarado el verdadero tipo, inalterable, eterno, que hasta el genio pagano vislumbraba á traves de espesas nubes, el Verbo increado, esplendor de la gloria del Padre y figura de su substancia! *Splendor gloriæ, figura substantiæ ejus.*» Oh! sí; la tierra ha podido decirlo, y lo canta muchas veces al verlo descender de lo alto: *Speciosus forma præ filiis hominum! Diffusa est gratia in labiis tuis*; Eres el ideal de la belleza: todo el cielo se ha derramado en tu semblante. Jesucristo es, pues, el gran astro del mundo artístico, que inunda, con su incomparable claridad, al genio que lo contempla; astro que, aunque sea vario y múltiple en su atraccion y hasta en sus resplandores, es siempre único é idéntico á sí mismo. Por manera que todo lo que el artista hace bello y santo al mismo tiempo, pero singularmente todo lo que resuena, todo lo que resplandece, todo lo que canta en derredor del altar católico, bajo esta ó la otra forma, es una imágen, más ó ménos completa, de la belleza de Jesucristo, un reflejo, un rasgo, una palabra, un acento, una armonía, una belleza inspirada por su amor. Y esto, Señores, es nada ménos que Estética pura de San Agustin, explanada magníficamente por un moderno orador.

Viniendo á la demostracion práctica, por las glorias del pincel, recordemos, como de relámpago, algunas cristianas obras, comenzando, porque es justo, por una eminencia artística tal como Miguel Angel Buonarota. Y eso que este artista celebérrimo abrazó con alma y vida el renacimiento pagano, afeando con la desnudez y otros lunares sus obras más famosas. Recordarse debe, empero, en materia de *idealidad* la escena de *La Creacion* del hombre y de la mujer, pintada por dicho autor en la bóveda de la Capilla Sixtina. Ah, Señores! ¿quién ve allí al Hacedor del mundo, á lo que parece, pasando rápidamente por nuestro globo, animando al hombre, tocándole con su dedo, aspirando en su rostro álito divino....! á aquella multitud de ángeles que le cercan en el aire..! aquel primer hombre y aquella primera mujer vestidos sólo de la inocencia...! quién ve, quién mira y contempla todo aquel conjunto asombroso, y no se cree trasportado, seis mil años atras, al sexto dia de la creacion, y no dobla en tierra la rodilla al sentir allí tan de cerca la presencia del Omnipotente? Todo por la *idealidad* altísima de las imágenes, que revelan la verdad divina con los colores humanos. Y supuesto que de idealismo se trata ¿cómo, y con cuánta más razon, no citar á Rafael de Urbino, laureado monarca

de los pintores, en su lienzo llamado *El Pasmo de Sicilia*, y que representa á la Vírgen en su encuentro con Jesus en la calle de la Amargura? «Dios mio! preguntamos al contemplarlo ¿esas figuras, esas imágenes, han sido hechas por manos de hombre?» Sí: han sido copiadas por la mano del genio de los ideales del cielo, de la misma verdad para revelarla al mundo. Y esto es más cierto todavía respecto del cuadro de *La Transfiguracion*, del mismo Rafael, que luce como la joya de más precio en el Museo del Vaticano. Qué rostro el de nuestro Salvador! ¡Cuánto gana la fe del alma que lo contempla! ¡Cómo resplandece toda su figura celestial ocupando el medio entre Moisés y Elías! Elévase por su propio impulso y sin violencia alguna, mostrándose ya á cierta distancia de la tierra: el aire agita su blanquísimo ropaje y su hermosa cabellera de color indefinible: su frente brilla con mil rayos en medio de la atmósfera trasparente que lo rodea: sus ojos dulcísimos se dirigen hácia la tierra: sus brazos se extienden como para bendecirnos....! No, no parece dado pintar mejor á Jesus en la tierra, porque Rafael lo ha retratado, en lo posible, como es la verdad y como está en el cielo. Lo mismo hace Leonardo de Vinci en su famoso cuadro de *La Cena*, que es inútil describir, porque no hay quien no lo

conozca en sí ó en sus infinitas copias. Lo mismo hace.....

Mas, si de idealismo celestial se trata, es decir, de cómo nos muestra el Cielo con sus recursos el Arte ¿á qué salir de España, nuestra cara Patria, donde el ideal divino se encuentra en abundancia en todas partes? Y ¿acaso porque se busca á traves de un cielo trasparente? No; es porque esta tierra bendita ha sido el suelo de la fe, de la esperanza y del amor; y la fe es la que comunica al Arte sus infalibles pensamientos, y la esperanza sus inspiraciones celestiales, y el amor, ah! el amor á Jesucristo y á su Purísima Madre han sido el verdadero resorte de nuestro mundo artístico, los verdaderos inspiradores de nuestros ingenios. Ven, tú, si no, oh Roelas, cuyos pinceles se emplearon únicamente en el enaltecimiento de la fe católica y del amor del Eterno á sus criaturas; y ven con tu *Tránsito de San Isidoro* (1), lienzo en el que la crítica halla perfecciones admirables, y donde el ideal divino, que arrebata, resplandece á su mayor altura. Ven tambien con tu magnífico *Santiago*, que muy cerca de nosotros, en su capilla inmediata, sobre

(1) Ocupa el Altar mayor de la parroquia de su nombre en esta Ciudad.

fogoso corcel campea, revolviéndose entre los moros y causándoles mortandad espantosa. Y venga tambien Zurbaran, particularmente con su *Apoteosis de Santo Tomás de Aquino*, donde el idealismo resplandece con la magestad de los grandes genios. Pero ¿sabrá el Artista dónde se encuentra á la sazon su cuadro? Ay! luce, es verdad, para admiracion de propios y extraños, presidiendo en el testero de la gran sala de nuestro Museo Provincial; mas... fué hecho para arrebatar á los cielos desde el templo los corazones de los creyentes. Pero ¿á qué fijarse en este ó en el otro artista, siendo españoles? Todos! Luis de Vargas, Joanes, Alonso Cano, el divino Morales, los dos Herreras, Pacheco, Castillo, Valdes Leal... todos ellos nos han dejado muestras felicísimas del ideal altísimo á que se elevaban, y con el cual la verdad divina tanto se revela á la comprension humana. Y qué! ¿pasarémos en silencio... sin conmemoracion... en el olvido...

Ah! ven ahora, tú, de cuya gloria llenos están hoy nuestros pechos católicos y españoles! Tú, el Apeles de Sevilla! la gloria de España y envidia de los extranjeros! tú, el padre de la pintura verdaderamente nacional! tú, el hombre humilde, bondadoso, ferviente, en cuyo corazon el amor del arte y el amor de Jesucristo se hallaban fundidos en un santo y único

amor! tú, que luchaste hasta dejar vencido en tus obras el espíritu de la época, que se paganizaba á toda prisa al contacto de exagerado renacimiento! tú.... ah! te llamaré por tu nombre, que no desdice, no, de esta asamblea ni de este sagrado sitio, porque el pintor del cielo probable es que esté en el cielo como en morada propia: ven, pues, Bartolomé Estéban Murillo, ven á darnos por tí mismo la descripcion de las bellezas y á hacernos conocer el ideal divino de ese lienzo, que es uno de los primeros del mundo, y en ciertos rasgos superior á todo lo imaginable! Ah! nosotros lo llorábamos destrozado, perdido para siempre, y hoy se nos restituye en su integridad como lo dejó tu diestra mano, al colocarlo allí, como riquísima perla, en el engaste secular de aquellos muros. Pero ay! que no tengo yo el don de hacer levantar á los muertos de sus tumbas, aunque sean gloriosas, ni el poder de darles voz ni movimiento!... Por lo que yo mismo he de ser el que os exponga en breve análisis esa concepcion cristiana, esa inspiracion divina que, si no es superior al Arte mismo, es porque el Arte lo puede todo cuando la fe y la caridad lo animan de consuno. Lo haré, no obstante, inspirándome en el alma de Murillo, en su genio, en su corazon, como ya lo hago, á punto de parecerme que

lo veo, que oigo su voz, y me dicta cada uno de los conceptos que he de formular.

Lo veo, sí, en pié, meditabundo ante el espacioso lienzo, donde no hay todavía más trazos que la última imprimacion. Oh! ¡cómo se derrama la luz en el fondo de esa grande alma! ¡Con qué arrobamiento el Artista, beatificado, digámoslo así, por su propia vision, ve brillar delante de sí su pensamiento radiante, etéreo, celestial y, en cierto sentido, divinizado con el contacto de la belleza divina! ¡Cómo lo contempla y admira en su candor! ¡Cómo cae, en fin, de rodillas exclamando así apasionado de su inmaculada belleza: «Oh Niño Divino! ¡Oh Verbo de Dios, en quien reside eternamente, con los tipos de todo lo bello, la potencia de darles vida y darnos inspiracion! Vos, única belleza, verdad única y única virtud! Vos, que sóis al mismo tiempo el ideal y el artista, el tipo y el artífice de todo lo bello que existe en el universo, ven, Señor, ven ahora á mí: *Veni, Creator Spiritus!*» Y el Artista enmudece, se levanta animoso, embraza su paleta, combina sus colores, toma el pincel, toca al lienzo.... ah! parece que éste se ha estremecido á su contacto! Sí, no lo extrañéis: es el anuncio de la encarnacion próxima de la belleza de Dios en una obra del hombre! es que la belleza de Dios va á descender en una

imágen trazada por la mano del artista! ¿Queréis la prueba?

Mirad, mirad ese Niño, Dios ya con forma celestial, que baja del cielo para visitar en su celda á San Antonio de Padua: tiene toda la belleza del cuerpo! toda la belleza del alma! toda la belleza de Dios! brilla en su hermoso rostro inefable ternura, y en su actitud una magestad celestial que revela al Omnipotente: es la perfeccion de la belleza humana cubierta con los reflejos de la belleza divina. Miradlo: desciende con ligereza y al solo impulso de su voluntad soberana: no es un cuerpo que cae ni un objeto que se resiste en los aires: es Dios, Dios, que encuentra apoyo y cabalgadura en las alas del viento. Miradlo: para llegar hasta ahí ha sido necesario que se abra el cielo, y el cielo ha sido abierto con uno de esos rompimientos de gloria en que Murillo no ha tenido nunca rival, porque el cielo le abría siempre con facilidad el paso. Pero continuemos. Mirad ahora en el esplendor glorioso de esa atmósfera vaga y trasparente cómo vuela al rededor del Dios Niño una multitud de ángeles y serafines agrupados de manera varia y encantadora. Reparadlos: todos tienen más de espíritu que de figura humana; que hasta ese punto rebosa ahí el idealismo en todos los semblantes: de unos,

fijando nuestra vista en la oscuridad, distinguimos apénas la forma indeterminada, que se pierde allá en la sombra: otros aparecen en la parte luminosa llenos de gracia y de animacion en sus actitudes. Toda esa gloria es un vapor celestial, donde aparecen y se pierden los ángeles, vagan y se mueven graciosamente; pero sin faltar en ninguno la reverencia y acatamiento á la Excelsa Magestad de Jesus Niño que, ya lo véis, domina el cuadro como impera soberanamente en el cielo. Oh! que guarde allá la Grecia su Júpiter de Fidias! engríase lo que quiera Roma poseyendo su Apolo de Belvedere! Al ver esos tipos del arte profano, puramente terreno, hay que decir con desencanto delante de cada uno: «Este Dios no es más que un hombre!» pero á la vista de ese lienzo, hay que exclamar embelesado de gozo: «Ese Niño es todo un Dios!»

Ah! que no nos fuese posible detenernos en detalles y primores y accidentes de todo ese conjunto, de todo ese portento...! pero no: son muy variados, infinitos, y pertenecen ya al Arte solo más bien que al Arte sirviendo á la Religion. Fijáos, empero, un instante, en ese aire luminoso, en esa atmósfera trasparente,repartida por todo el cuadro con habilidad sin ejemplo, y que nos obliga á ver los objetos, cada uno

á su diferente distancia; allí el Santo, aquí la mesa, abajo el suelo, allá el pórtico... Y es el Arte, Señores! el Arte que crea el espacio entre unos y otros, y obra, en fin, aquel milagro de perspectiva, que nos pone allá tan léjos de la escena el claustro interior ó patio del convento.

Oh! gracias, Dios mio! gracias, por la fe tan pura, por la esperanza tan dulce, por el amor tan ardiente de que colmásteis el alma de nuestro Artista! No, no es mucho si con pureza tanta os veía tan claro y os copiaba tan propio, no pudiendo faltar aquel vuestro sagrado oráculo: *Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt.* Sí, Murillo veía á Dios por su pureza, y despues nos lo hacía ver á nosotros por el idealismo del Arte. Gracias, otra vez, Dios mio! porque nuestro compatriota Bartolomé Estéban Murillo no adivinó, ni soñar pudo siquiera, que vendrían al mundo unas filosofías tan nebulosas, tan frías, tan secas de inspiracion como esos panteismos germánicos, que, confundiendo lo infinito y lo finito, Dios y el mundo, lo real y lo ideal, la nada y el sér, han dado muerte al Arte, que se encuentra en sus libros sin ideal, sin base, sin belleza, sin genio, sin maestro, porque se encuentran sin Dios. ¡Qué habría sido, Señores, del cuadro de San Antonio, si el español Murillo hu-

biese pintado bajo la inspiracion del *formulismo* de Kant, de la *idea* de Hegel, del *absoluto* de Scheling, del *pan-in-teismo* de Krausse!

Oh Pintor sagrado! oh pincel divino! genio, ángel, hombre celestial, que pintas el cielo como tu propia casa, y las vírgenes y los ángeles, como tu propia familia! yo te bendigo, y exalto aquí sin temor tus alabanzas y tus glorias; que si en este lugar hallar deben su encomio las altas virtudes y los servicios hechos á las almas, yo no encuentro, á vista de ese cuadro, otro servicio mayor que el que tu Arte nos hace en él, mostrándonos la verdad, el Cielo mismo, en ese ideal purísimo que levanta nuestra fe casi hasta convertirla en vision.—Y esta es, Señores, la primera gloria del Arte cristiano que justifica hoy nuestros solemnes regocijos.

Hemos visto, con la rapidez que demanda la inmensidad del asunto, cómo el Arte nos muestra la verdad divina en su idealismo inefable. Veamos ahora cómo el Arte nos enseña la moral cristiana en sus creaciones santísimas.

II.

Los estéticos alemanes que, casi en su totalidad, sostienen que el término del Arte no es más que el placer estético, con exclusion del fin de hacernos mejores y de elevarnos á Dios, tienen en contra suya la razon pagana de los antiguos y la razon católica de los modernos. Ciceron se desvive con el deseo de presentar á su hijo la virtud de una manera visible (1); porque creía con Platon, que su celestial belleza debería de producir una impresion indeleble en el corazon de todo hombre, á quien se presentase, y excitar en él un amor del todo espiritual. Al Arte atribuyeron tambien los gentiles haber establecido y trasmitido su religion; y la mitología tuvo por digno de veneracion al Arte, en la poesía, en el canto, en la música, en las cuales creyó ver virtud suficiente para desbastar la rudeza de los primitivos tiempos, para dominar los instintos salvajes, para despertar en los hombres sen-

(1) De offic.—I—c—5.

timientos de humanidad, y hasta para amansar y domesticar las fieras:

Dictus ob hoc lenire tigres rabidosque leones (1).

Avergonzarse debería la Estética moderna de hacernos perder tiempo precioso en probar una verdad que todo entendimiento sano no puede ménos de percibir. Porque ¿nó es, por ventura, ridículo pensar que el hombre tenga nativamente una facultad ó disposicion que no se ordene á su propio fin? que posea un alma de artista, con todas las fuerzas y con toda la vida que esto revela ¿y que esa disposicion dichosa no ha de tener por término el fin para que el hombre ha sido criado, esto es, para dar gloria á Dios, elevándose á Dios en el ejercicio y con el progreso de las virtudes? Ridículo, sí; porque este fin es la ley fundamental no sólo de la Ascética cristiana, sino de la Ética racional. Gran filósofo y aleman por añadidura era Leibnitz, y nada de esto leimpedía para asentar «que las primicias y la flor más galana de todas las cosas, inclusas las bellas artes, á Dios se debían dedicar gloriosamente (1).» Y, en fin, verdad histórica es esta, enriquecida con monumentos inmortales de lo que se ha dado en llamar el Arte cristiano

(1) Hor. ad Pisones.
(1) Leibnitz. I. c. p. 50.

y que no se debería llamar sino el único verdadero Arte. *La Divina Comedia* de Dante, el *Stabat Mater* de Jacopone de Todi, el *Dies iræ* de Celano, los Himnos de San Ambrosio y Santo Tomás, las composiciones de Palestrina, de Mozart, de Eslava, de Arquimbaú; las esculturas de Martínez-Montañes; las Catedrales de Strasburgo, de Colonia y Friburgo, de Milan, de Burgos, de Toledo, esta misma grandiosa Basílica, y tantas y tantas obras maestras creadas para hacer resaltar las magnificencias del culto y los encantos y atractivos de la virtud ¿cómo nacieron? ¿quiénes hicieron todas éstas obras sino el Arte sirviendo á la Religion, el Arte predicando las virtudes con sus ejemplares creaciones?

Y respecto de la Pintura ménos podrá dudarse aún del espíritu de alta moralidad que la ha informado. Verdad que, para el efecto, son poderosos sus recursos: con ellos, yo digo que si la Pintura no es superior á la Poesía, porque esta se dice y es *Pictura loquens*, la pintura hablando, aventaja sin duda en lo espiritual é incorpóreo á las demas artes, porque ella es y con razon se dice *Poesis tacens*, poesía que no habla. Sí, Señores: la Pintura, que ofrece un mundo de accion y de vida en sus cuadros, sin embargo de no dejar en ellos nada de bulto ni tangible, se acerca en esta

parte mucho á lo incorpóreo, tomando así alas para volar al Cielo y traernos de allí, para aprisionarlo en sus lienzos, el espíritu inmaculado de las cristianas virtudes. No por otra razon afirma San Juan Damasceno que el Espíritu Santo ha acudido en auxilio de la flaqueza humana con el portentoso medio de la pintura. Y el Papa San Gregorio consagró, en algun modo, este mismo Arte venturoso, mandando pintar las historias de los Santos Evangelios en las iglesias, para que sirviesen de maestros que enseñaran y declararan aquellos divinos conceptos.

Y en verdad, los pintores cristianos han correspondido bien á esta consagracion ó llamamiento: ora es fra Angélico de Fiesole, verdadero ángel por su inteligencia en el Arte, y serafin por su amor á Jesucristo, quien nos pone en accion, de mano maestra, la Mística y la Ascética en sus cuadros; ora es Miguel Angel, citado anteriormente, que en su *Juicio Final* pintado en una capilla del Palacio de los Pontífices, ofrece al admirador, no obstante algunas inconveniencias hijas de la época, los terrores y las alegrías, tan saludables para las costumbres, de una última é inapelable sentencia; ora es Overbeck, admirando á Roma moderna con sus siete cuadros ó poemas, en donde pinta ó describe los siete Sacramentos, ilumi-

nando así con la gracia del Arte las profundidades de la doctrina; ora es el Dominiquino con su célebre *San Jerónimo*, quien nos enseña, en la última Comunion de aquel Anciano atleta de la Fe, el cómo mueren los justos en el ósculo dulcísimo de una eterna paz; ora es.....

Pero vengamos á España, Señores, donde el Arte de la pintura tuvo carácter, carácter de moralidad indefectible. Sí: en vano fué que nuestros ingenios, áun los más distingidos, estudiasen los modelos italianos, plagados de paganismo, muy en boga en cierta época: sin embargo, la inspiracion era siempre cristiana. Y la prueba es que entre nosotros eran rarísimos los cuadros históricos y mitológicos, miéntras es interminable el cúmulo de los religiosos, con cuyas ejemplares creaciones enseñaban al pueblo. «Para los doctos y letrados, decía cierto autor (1) aludiendo á los pintores de nuestros buenos tiempos, la escritura basta; mas para los ignorantes ¿qué maestros hay como la pintura?» Y este era el espíritu que en nuestros artistas predominaba. Nadie se admire, pues, de que hubiera pintores, como Joanes, que se preparaban al trabajo por medio de la oracion, el ayuno y la Co-

(1) Don Juan de Butron, Discursos apologéticos.

munion: otros como Luis de Vargas, de quien tantas obras nos están escuchando en este Templo, se maceraba el cuerpo para castigar los instintos de la carne: monjes eran los que se dedicaban singularmente á la imaginería; y los Cabildos Catedrales se honraban con tener en su seno pintores como Céspedes, como Roelas, como Alonso Cano, canónigos respectivamente de Córdoba, de Olivares y de Granada.

Con tales antecedentes, ¿qué es lo que habíamos de llegar á ver en sus lienzos? Ah! Recordad los dos de *La Muerte* por Valdés Leal, que se ostentan en nuestra Iglesia del Hospital de la Santa Caridad. Terror causa ver el primero! no precisamente por su forma de esqueleto, que lleva un atahud debajo del brazo; sino porque la figura sale del lienzo, y se mueve y camina hollando y destruyendo al paso, cuanto hay de más grande y poderoso, coronas, cetros, libros, armas, condecoraciones!... «Jamás, dice un malogrado Escritor compatriota nuestro (1), jamás la pintura hubo hasta entónces concebido esa terrible epopeya de la vida y de la muerte, que resulta de las ilusiones que se disipan, del poder que pasa como humo, de las mundanas grandezas convertidas en polvo.» Ni es

(1) Ilmo. Sr. D. José Fernández-Espino.

ménos ejemplar la impresion que se recibe del segundo cuadro, donde se muestran dos cadáveres ya en estado de descomposicion y, á trechos, comidos de gusanos y paseados de asquerosos bichos. Ay! El buen Murillo, admirando estos cuadros, sólo en calidad de artista, decía que era forzoso, al acercarse á ellos, taparse bien la nariz: yo digo, con el autor ántes citado, que lo que es forzoso es «poner diques al pensamiento y ahogar los latidos del corazon, que, horrorizado ante la imágen de lo que hemos de ser un día, recibe en ella más alta leccion que la que en este punto puede darnos la palabra y la escritura.»

Mas el tiempo estrecha por momentos; el asunto crece cada vez más á nuestra consideracion... ¿Qué remedio? Venir á lo que más importa y no puede en manera alguna preterirse: Murillo otra vez! ah! sí; aquel Murillo que nos mostraba hace poco el Cielo con su idealismo inefable, ese mismo enseñando ahora las virtudes en sus creaciones santísimas, haciendo de sus cuadros, «el complemento de la predicacion, y de la pintura accidentes de la Teología!» En efecto, la pureza, la virginidad, la pulcritud del espíritu y del corazon parecen ser virtudes muy de la predileccion de nuestro Artista, cuando tan portentosamente nos las ha dado á conocer en sus *Vírgenes*, en sus *Con-*

cepciones, que, como sabéis, pasan en proverbio en todo el mundo. Y eso que la pureza de María es la más próxima á la pureza divina! y eso que su candor, su belleza, como la de Jesucristo, tiene el privilegio de desesperar al genio, impotente para reproducirla tal como se descubre á su imaginacion á traves de esos reflejos del infinito, que la rodean por todas partes! Sin embargo, las *Vírgenes* de Murillo, cualquier *Concepcion* de Murillo, nos arrebata el alma, arrancando á nuestra admiracion palabras como éstas de un elocuentísimo devoto (1) de la Inmaculada: «Oh! qué flor de belleza! qué nimbo de santidad! qué rayos de pureza! qué perfume de inocencia! qué encanto de armonía! qué candor de sencillez! qué esplendor de virginidad! Eres la belleza enteramente pura, la belleza sin mancha, la belleza enteramente inmaculada!» Si pinta luégo nuestro Apeles la caridad, lo hace expresándola en inimitable modo en su *Santa Isabel de Hungría*, en su *San Agustin*, lavando los piés á los peregrinos y en su *San Juan de Dios* conduciendo sobre sus hombros un pobre enfermo al hospital. Y si describe ó enseña la compasion en el *Santo Tomás de Villanueva*, que el propio Murillo llamaba su cuadro;

(1) P. Félix.

el divino amor en *San Francisco*, la castidad en *Los Desposorios de Santa Catalina*, última obra de nuestro gran Autor y que ocasionó su muerte; la resignacion en *Abraham*, la fortaleza del martirio en *San Andres*, la inocencia en *San Juan Bautista*, el arrepentimiento en *El Hijo Pródigo*, y en *La Magdalena*, que arroja sus galas, ó en *San Pablo*, que se convierte, derribado en tierra en el camino de Damasco; la magnanimidad en *San Fernando*, el arrobamiento en *San Gil*, y mil y mil otras virtudes en mil y mil otras obras maestras...lo hace con uncion tanta y con tan insinuante verdad, que, no hay arbitrio, es preciso saludar en Murillo al artista misionero, mudo predicador de la moral, y proclamar muy alto que nuestro Compatriota ha dado al mundo otra Suma, la Suma artística de la virtud, como Santo Tomás de Aquino escribió la Suma científica de la verdad.

Pero ¿y la oracion? diréis vosotros ¿no ha expresado bien esta virtud en sus cuadros nuestro moralista Pintor? Oh! No es sin causa el haber dejado para lugar aparte este concepto. Precisamente convienen todos en que la oracion, bálsamo en las penas y antídoto en las alegrías, era la virtud que más vivamente inspiraba el númen soberano de Murillo, inflamado por las virtudes de la tierra y extasiado con los de-

leites sin límites del Cielo. «¡Cuántas veces la presentó! dice un admirador de sus creaciones, y, ¡cuántos primores de Arte é inspiracion encerró en esa virtud!» Pero donde más digno de admiracion aparece su genio en dicho asunto es, sin linaje de duda, en el lienzo magnífico que tenéis delante, expresivo de la oracion y éxtasis de San Antonio de Padua.—

¡Santo mio benditísimo! Perla de la Franciscana Orden! Benjamin del Patriarca Seráfico! tan jóven y tan humilde! tan abstinente! tan mortificado, pero tan fogoso contra los vicios y las herejías, que desbaratabas con el martillo de tus incesantes predicaciones! Santo mio! á la vez que crucificabas tu inocente carne con las más rudas penitencias, y á la vez que regabas y convertías la tierra (Italia, Francia, Sicilia, España), con tus milagros y sudores apostólicos, tu ardiente amor, tu apasionado amor á Jesucristo te llevaba, por todo descanso, por todo respiro, á la vigilia, á la oracion, á la contemplacion de las cosas celestiales!... ¿Qué había de suceder, Santo mio? que se te abrían los cielos; que el Hijo de Dios, rodeado de ángeles, bajaba en forma de niño; que se dirigía cariñosamente á tus brazos, y que tú lo esperabas en la actitud de la admiracion, del gozo y de la adoracion.—¿No es esta, Señores, la historia, la síntesis de

la historia del Jóven portugués, misionero de Padua?

Pues veamos ahora si toda esa historia no está ahí, en ese lienzo, viva, animada, idealizada, transfigurada por el genio y el pincel de nuestro Compatriota: lo está tanto, expresada con tanta verdad, con tanta riqueza, con tanta originalidad, con tanta belleza, con tal arte, en fin, que no parece sino que el jóven Religioso, penitente, apóstol, taumaturgo, santo, acaba de separarse ahí de entre vosotros... se ha adelantado algunos pasos.... se ha puesto en oracion... se ha elevado á nuestra vista! Miradlo: ¡qué alejamiento de todo lo criado se revela en su semblante, absorto por la vision de lo increado, de lo divino, en las alturas del éxtasis! Con los brazos abiertos, como quien espera recibir en ellos la inmensidad, figura lanzarse hácia ese esplendor de gloria, cuyo foco es el iman que poderosamente lo atrae. Miradlo: apénas toca á la tierra, próximo á dejarla para subir al Cielo: su corazon parece latir apresurado bajo del sayal tosco, que viste airosamente su cuerpo, mas dejando ver un pié descalzo; aquel pié, que será siempre la desesperacion del que copiarlo intente! Observad, por último, su boca entreabierta en el deliquio de su arrobamiento, y toda esa sublime expresion del rostro que admira, que goza, que adora al

mismo tiempo! allí, allí está, sin duda, reposando el espíritu de Oracion, *Spiritus gratiæ et precum* (1): se ve, se oye, se siente que ora, que clama, que pide, y, sin embargo, son palabras que el labio terreno no puede repetir: *Arcana verba quæ non licet homini loqui!*—Ah Señores! despues de esto ya no hay más ilusion; despues de un tal arte, la realidad; despues de Murillo, los ángeles que vengan á pintar mejor, y á enseñarnos mejor á orar y á aficionarnos á este santo ejercicio con el halago é incentivo de los favores que Dios dispensa en él á sus criaturas!

Y con esto, con hechos tan á la vista, ya la demostracion es palmaria, es evidente; no debiendo, no pudiendo, haber quien racionalmente desconozca ó no confiese lo mucho y bien que el Arte nos muestra la santidad en sus ejemplares creaciones.

Ojalá! ojalá! Señores, que lo dicho os llevase á todos, como cristianamente es debido, á detestar los abusos del Arte en nuestros días; eso que yo llamo las ignominias del Arte, sacadas á la vergüenza por el pincel, el lápiz ó la fotografía de autores licenciosos! ¿Me entendéis, Católicos? Anatema al arte prostituido! maldicion al arte obsceno! si es que podemos llamar arte

(1) Zach. XII. 10.

á ese naturalismo ó realismo impúdico, que se cubre de ajenas galas, verdadero Satanás, que se transfigura en ángel de luz para seducir mejor. Eso, si es arte, no será nunca Arte cristiano, porque es y se llamará siempre arte diabólico!

Y bien ¡cuán fácil, cuán natural, cuán lógico es ahora, despues de tan justificadas premisas, venir á recaer y terminar en la consecuencia ó deduccion que todos estáis esperando! Esto es: si es cierto que el Arte, singularmente la pintura, es don precioso del Cielo, aptísimo para levantarnos al conocimiento de lo verdadero con su idealismo inefable, como vimos en primer lugar; si es cierto tambien que el mismo don nos lleva, como por la mano, á la práctica de lo bueno con sus ejemplares creaciones, como vimos lo segundo; y en fin, si es así mismo cierto, lo que viendo estamos delante, y apénas si el júbilo nos permite darle crédito, que el San Antonio de Murillo, joya del Arte cristiano. maravilla del mundo, leccion viva de fe y de virtud, se nos devuelve hoy dichosamente salvado de la rapiña y restaurado de la mutilacion; si todo esto es cierto, repito, natural es, lógico es, consecuente es que nos entreguemos hoy por completo al regocijo santo y alegría espiritual; alegría y regocijo que tienen, digámoslo así, su materia reconocida

en la accion de gracias al Todopoderoso, que es lo que aquí nos congrega, y su forma ó expresion en el grito de entusiasmo con que dimos comienzo á este discurso, y con el que queremos tambien ponerle fin: Señores: «Este es un día de ventura: alegrémonos y regocijémonos en él. *Hæc est dies quam fecit Dominus: exultemus et lætemur in ea!*»

Pero los plácemes y enhorabuenas entre los afortunados ó favorecidos entrar deben por mucho en este santo júbilo que, en verdad, parece por momentos aumentarse con la vista del venturoso Objeto. En tal virtud, el primero y más ardoroso, el primer pláceme para vos, mi Ilustrísimo y muy amado Cabildo, que, como devorásteis la mayor amargura, saboreando, tras el dolor de la inmensa pérdida, la hiel de la sospecha, y hasta el veneno de la calumnia; y como luégo desplegado habéis tal celo y tal discrecion en promover todo lo concerniente para esta restauracion feliz, os corresponde de pleno derecho, que yo cumplo ó satisfago con el mayor gozo, enviándoos desde este sitio, con el abrazo de hermano, mi entusiasta y religioso parabien: *Exultemus et lætemur!* —Otro pláceme, muy cordial y muy rendido, para vos, Señor Excmo. que sóis genuina y muy noble representacion de este gran Pueblo de Sevilla, entre

cuyas glorias, por extremo ilustres, está el haber llevado por mucho tiempo la bandera del Arte y la fama del buen gusto por doquiera; para vos, Señor, que con munificencia larguísima habéis venido en auxilio de nuestra decadencia y de nuestra pobreza, saliendo al frente de todos los gastos, así de la restauracion material del lienzo como de la reparacion del marco, molduras, y otros objetos de la correspondiente capilla Baptisterio; á vos, digo, este pláceme de toda el alma, y que Dios lo haga fecundo desde el Cielo con su divina y paternal bendicion: *Exultemus et lætemur!*—Ni ¿cómo olvidar á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, distinguida Corporacion facultativa donde resplandece lo más florido del Arte y del ingenio, que, en rigor sin competencia oficial en este caso, sólo por su amor al Arte, por su amor á Murillo y por deferencia á este Metropolitano Cabildo, ha tomado parte tan directa, tan celosa en las tareas de la Restauracion, enviándonos, de su seno, una Comision, que ha inspeccionado, dirigido y autorizado los trabajos, y eligiendo con acierto felicísimo al Artista Restaurador, que ha superado en verdad las esperanzas y conquistado las simpatías de todos por su habilidad y rara modestia? Oh! plácemes para todos! porque á todos cabe su parte de gloria y de re-

gocijo; pero en particular manera al último, por una consideracion que salta á la mente de cuantos somos aquí hoy testigos de esa artística resurreccion; esta es, que el que tan diestramente y tan inspiradamente ha restaurado la grande Obra, interpretando á Murillo, supliendo á Murillo, resucitando en cierto modo á Murillo, no debe de andar muy distante del talento y del genio cristianísimo del inmortal Autor: *Exultemus el lætemur!*—Y plácemes tambien para la Academia de Bellas Artes de Sevilla que, habiendo sido fundada por Murillo, siendo Murillo su mayor lustre y ornamento, y conservando con tanta honra las tradiciones, los triunfos y merecido renombre de la Sevillana Escuela, de seguro á nadie cede en títulos á los parabienes y regocijos de este día de gloria.—Y enhorabuenas y plácemes á millares para todos los Hijos y Moradores de esta artística Poblacion que, como os lamentábais con duelo en la ocasion de la catástrofe, hoy, en el dia del triunfo y de la dicha, os pertenece de toda justicia este alegre tributo de nuestra gratitud á vuestra piedad: *Exultemus et lætemur!*

Y ¿qué resta? ¿A quién debemos aún la expresion de nuestra alegría y de nuestro regocijo en estos momentos? Oh! á tí, á tí, Templo magnífico de mi Dios!

á tí, la gran Basílica! á tí, la hermosa Catedral, encanto de mis ojos y de mi alma! *Cœlestis urbs Ierusalem:* nueva Jerusalen, que pareces descendida del Cielo, ataviada como la esposa en el día de las bodas! y engalanada ahora mismo con tu adorno más preciado, es decir, con la inmensa reunion de los fieles apiñados bajo tus bóvedas altísimas, reverentes sobre tu pavimento de mármol, llenos de fé y de amor ante tus Altares divinos! á tí, mil plácemes y parabienes! Ya estás completa: se te restituye hoy la más valiosa perla de tu corona artística: *Exultemus et lœtemur!* A tí, mejor dicho: aquí, en tus ámbitos gloriosos, donde la Arquitectura nos levanta al cielo, donde la Escultura nos habla, donde la Pintura nos conmueve; aquí, donde la lengua sonora de tus órganos nos cautiva y la voz de tus cánticos nos eleva y el perfume de tus incensarios nos embriaga y los colores de tus vidrios nos deslumbran, *Exultemus et lœtemur!* ¡cantemos y regocijémonos! Aquí; por último, en este suntuoso Alcázar elevado á la gloria y para morada de nuestro Señor Jesucristo; ante esa joya riquísima del Arte y de nuestro culto, y por el beneficio y felicidad de su reparacion admirable, aquí, Señores, hagamos estremecer de júbilo á estos pilares inertes, comunicándoles nuestro sentimiento y nues-

tra voz, para entonar con ellos por conclusion al Dios Eterno este himno magnífico, compuesto por los serafines en la gloria: «Santo! Santo! Santo! por los siglos de los siglos.»
